

## II ACCIONES GUERRILLERAS Y MOVILIZACIÓN DE MASAS

La ola de huelgas estudiantiles llegó hasta los últimos rincones del país y partía, indudablemente, de necesidades muy concretas: falta de locales, de pupitres, de pago puntual de sueldos a los maestros, etc. Inmediatamente la arremetida adquirió un carácter francamente antigubernamental. El que no se haya podido convertir ese movimiento en una movilización juvenil de apoyo a las guerrillas viene a poner de relieve algunos hechos políticos de importancia. Un ejemplo: en Santa Cruz los estudiantes en las calles portaban carteles que decían "Min-educación que se vaya a las guerrillas"<sup>22</sup>. Es por demás sugestivo que se hubiese escrito esa frase burlona y no un enérgico "¡Vivan las guerrillas!"

La falta de conexión entre las acciones bélicas de los guerrilleros y las movilizaciones masivas, uno de los aspectos más débiles del movimiento revolucionario, no fue sino el reflejo de la falta de vinculación entre el partido de la clase obrera y Ñancahuazú.

Surge la interrogante, ¿por qué las masas, particularmente los combativos grupos de jóvenes estudiantes, no se encaminaron instintivamente, pasando por encima de la posible inercia e insensibilidad partidistas, a identificarse con las guerrillas, a depositar en ellas su fe y su entusiasmo? Quiérase o no, esta constatación nos lleva al convencimiento de la prematura aparición de las guerrillas. El pueblo no las consideraba una necesidad histórica y la prueba está, superando toda especulación doctrinal, en que no se apropió de ellas una vez que aparecieron. Constituye una arbitrariedad, que conduce a la aventura trágica, el imponer a las masas un método de lucha por decreto, sin tomar en cuenta su experiencia ni el curso que sigue el proceso político y la movilización de masas. Una consigna, puede ser temerariamente radical, pero se torna intrascendente cuando las masas no están suficientemente maduras para asimilarse a ella y llevarla a los hechos. Lo normal es que la clase obrera, a la cabeza del pueblo, encuentre a la lucha armada como consecuencia de su propio desarrollo y de su experiencia, que concluya considerándola como la única respuesta a los obstáculos que contra la arremetida revolucionaria levantan el imperialismo y sus sirvientes criollos. Si excepcionalmente las guerrillas apareciesen al margen de la vida cotidiana de las masas y éstas estuviesen a la altura de dicho método de lucha es evidente que se apropiarían de ellas.

La verdad es que la radicalización de las masas (su creciente movilización) estaba pasando por los canales de la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo y por la defensa de las garantías democráticas. Protestas, marchas callejeras, amenazas de huelgas generales, paros parciales, etc., así se realizaba el avance de la revolución. Todavía se produjeron grandes y belicosas manifestaciones seguidas de choques con las fuerzas gubernamentales. Lo correcto habría sido partir de esta realidad y encaminar a las masas hacia la lucha armada.

El gobierno, seguro como estaba de que la lucha ingresaría casi seguidamente a su etapa superior, introdujo algunas modificaciones a su política represiva. Al apresamiento de los activistas sindicales se añadió el confinamiento de la plana mayor del Partido Obrero Revolucionario y del Partido Comunista Marx Leninista pro-chino, aunque siguieron paseando tranquilamente por las calles los stalinistas de la línea rusa. La posibilidad de aprovechar las garantías democráticas iba desapareciendo paulatinamente, pero el grueso de las masas no estaba todavía convencido de esta modificación política. Uno de los capos del PCML dijo en La Paz a un periodista norteamericano, durante el desarrollo de las guerrillas, que los bolivianos habían sido colocados ante una disyuntiva: la cárcel o las montañas. Aparte de que el burócrata no dijo por qué él en lugar de ir a las montañas a empuñar el fusil, seguía paseando por la capital boliviana, su declaración altisonante no fue más que la copia de un clisé, pues los guerrilleros no recibieron refuerzos humanos y no pudieron crearse otros frentes para evitar la carnicería de Ñancahuazú.

Es en tales circunstancias que se producen los choques entre guerrilleros y fuerzas regulares, habiendo tenido lugar el primero el día 23 de marzo de 1967.

Las guerrillas estaban mejor ubicadas técnica y no políticamente, Las serranías boscosas de Ñancahuazú resultaban ideales para desarrollar la táctica guerrillera. El contingente humano estaba bien entrenado e idealmente equipado. Sus armas tenían poco que envidiara las del ejército regular. Más tarde saltó una deficiencia, consecuencia de la concepción política de los directores de las guerrillas, consistente en que

---

22.- "El Diario", 22 de mayo de 1967.

el reclutamiento de los bolivianos fue deficiente en extremo, generalmente entre los desocupados de un nivel ideológico bajísimo.

A pesar de todo, ese puñado de valientes fue directamente al sacrificio. La guerrilla es, pues, primero un problema político y solamente después técnico. En el plano político las guerrillas del Sudeste estaban desubicadas y por eso fracasaron.

¡Que la sangre de los héroes y mártires no haya sido derramada inútilmente! Debemos aprender las enseñanzas de la experiencia trágica y prepararnos para que las guerrillas del futuro nos lleven a la victoria segura.

Las guerrillas tienen que ser la expresión genuina del pueblo boliviano y de su clase obrera no solamente por el contenido de su programa, de su finalidad estratégica, sino inclusive por su composición humana. No se trata de ningún prejuicio nacionalista y sí de la exigencia de que las guerrillas sean carne de la carne del pueblo, el espejo en el que puedan mirarse sin ninguna desconfianza el campesino y el obrero del montón. Esta exigencia es mucho más valedera para las guerrillas que para el ejército regular, porque aquellas están obligadas a sumergirse en las masas.

El caudillo de la lucha armada encarna al caudillo popular, el líder político. Su conducta no solamente que es seguida con atención, sino que será imitada, si ella corresponde al momento que se vive. El ejemplo del caudillo popular tiene la virtud de motorizar la movilización masiva, de poner en pie a las capas más amplias y atrasadas, de inyectar fe y coraje al pueblo todo. En determinado momento el prestigio del líder político, ganado en dura pelea y en múltiples batallas, se convierte en un factor positivo dentro del proceso de radicalización.

No nos oponemos a que participen en las guerrillas elementos revolucionarios de las más diversas nacionalidades; ellos serán bienvenidos y tenemos plena conciencia de que sus conocimientos y experiencia pueden contribuir en mucho a la victoria. Algo más, los elementos políticamente más capaces deben tener decidida influencia en la dirección. Pero, el grueso de los guerrilleros y sus principales o, si se quiere, más visibles líderes tienen obligadamente que ser bolivianos. El caudillo de la lucha armada tiene la misión básica de convertirse en el polo catalizador de las inquietudes y del descontento de las masas populares; debe ser el eje alrededor del cual se cree un movimiento de gran simpatía y de protección a los combatientes del pueblo. El grueso de las masas, que es donde más impacto hacen todos los prejuicios, pedirá que aquellos sean bolivianos. Cuando el gorilismo logra, partiendo de algunos antecedentes, palpables, presentar a las bandas armadas como si estuvieran dirigidas por extranjeros, como si hubiesen sido enviadas íntegramente desde el exterior o financiadas por algún otro país, tiene ganada la mitad de la batalla en su empeño de desprestigiarlas ante las masas populares, de aislarlas política y materialmente. Entonces puede hacer lo que ha hecho el Comando en Jefe del ejército boliviano, que en su comunicado de fecha 5 de mayo de 1967 dice:

“Primero. Ha quedado plenamente establecido que los rojos que operan en Ñancahuazú, son internacionales en su dirección, composición y financiamiento”.

“Segundo. Obedecen instrucciones de La Habana, en cumplimiento a las conclusiones a las que arribó la denominada “Conferencia Tricontinental” realizada en esa ciudad.

“Tercero. Los elementos bolivianos que forman parte de dicha banda, reciben una elevada gratificación mensual en moneda extranjera”.

Puede ser que el problema de una dirección conformada por elementos bolivianos hubiese sido estudiado por los insurgentes de Ñancahuazú, pero ellos tenían la enorme dificultad de encontrar entre los combatientes al líder de suficiente volumen que pudiese electrizar con su nombre y presencia a todo el país. La figura del Che Guevara resolvió por sí misma el problema del liderazgo. A las guerrillas del Sudeste les faltó un líder boliviano y un programa, que éstos al menos no fueron conocidos por el pueblo.

La propaganda oficial acerca de la composición de las guerrillas es indiscutiblemente mal intencionada y falsa y si ha causado cierto impacto es porque se ha dado margen para que eso ocurra.

De todos los datos que se poseen se desprende que la columna vertebral de las guerrillas se formó en el exterior, particularmente tratándose de su equipo directivo, teniendo como base a los elementos entrenados en Cuba (muchos de ellos bolivianos), este eje fue recubierto con elementos recolectados en los medios izquierdistas (particularmente entre mineros desocupados), que por varios motivos se habían colocado al margen del control de sus organizaciones partidistas.

El imperialismo norteamericano desarrolla su acción represiva anti-guerrillera en escala continental, respondiendo así a los planes cubanos que tienen las mismas dimensiones. En la zona meridional del continente (Bolivia, Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina) y a nivel gubernamental, se ha logrado una exitosa coordinación de la lucha anti-guerrillera.

La reunión represiva más importante ha sido, ni duda cabe, la habida en Bogotá, donde se concentraron los oficiales de inteligencia militar de los países miembros de la Organización de Estados Americanos. El punto cuarto de la agenda secreta se refería al balance de la insurrección armada. Bolivia estuvo representada por el coronel Federico Arano Serrudo, que actuó como jefe de delegación, y por otros oficiales.

En los que se refiere a Bolivia diremos que la jerarquía castrense, bajo la directa vigilancia de jefes norteamericanos, se vio obligada a asimilar rápidamente la experiencia internacional en materia de lucha anti-guerrillera. A pesar de todo, sigue mostrando cierto primitivismo altiplánico. El militar policía Arano Serrudo ha preconizado nada menos que la invasión armada a Cuba (idea repetida hasta el cansancio por el general René Barrientos), pensando seguramente que así puede cortarse de raíz el peligro de las guerrillas en el futuro inmediato<sup>23</sup>. Sus informes han sido mesurados y contrastan con las exageraciones de los generales René Barrientos y Alfredo Ovando:

“-La guerra de guerrillas, como lo ha demostrado la experiencia colombiana, es cosa larga y costosa. ¿Teme usted que el ejército boliviano no logre liquidar pronto los brotes guerrilleros?”

“-Esto si no puedo responder. Pero, dígame, ha podido el ejército colombiano, con tanta experiencia como tiene, liquidar las cuadrillas que operan en su país?”

“-¿Cuántos guerrilleros hay en Bolivia?”

“-Unos ochenta. Todos extranjeros. Principalmente cubanos.

“-¿No hay un solo boliviano en las guerrillas?”

“-Bueno... tal vez, sí.

“-¿El Che Guevara ha estado en Bolivia?”

“-No solamente en Bolivia, sino en todas partes. Es un Debray menos loco, más experimentado, con familia menos importante en el mundo, pero, igualmente criminal.

“-¿Si en Bolivia es capturado el Che Guevara, ustedes que harían?”

“-Aplicarle el trato que merece.

“-¿Qué debe hacerse con Cuba?”

“-Pienso que primera hay que agotar las vías normales. ¿Y si éstas no sirven?”

“-Lógicamente hay otras.

“-Precíselas.

---

23.- “Barrientos fundamenta la necesidad de adoptar una posición firme contra Cuba de Castro con el siguiente razonamiento: si Castro viene realizando una política de franca intervención en la política interna de nuestros países, ¿por qué, si él interviene en lo nuestro no vamos nosotros a intervenir contra el agresor?”. (“The Economist”, Londres, 8 de septiembre de 1967).

-La vía armada" <sup>24</sup>.

La represión anti-izquierdista y anti-guerrillera que internacionalmente timonea el imperialismo norteamericano, nos obliga a pensar seriamente. en la cuestión del comando único latinoamericano de las fuerzas revolucionarias. Esa función puede cumplirla la OLAS, siempre que supere su actual sectarismo y abra sus puertas a todas las tendencias de izquierda, además de que debe reestructurarse y funcionar de acuerdo a las normas del centralismo democrático.

Bien pronto afloró el choque entre las tácticas propugnadas por el Comando en Jefe del Ejército (general Ovando) y el Presidente de la República. Este último, guiado exclusivamente por el exitismo personal y los intereses políticos del momento, deseaba el rápido aplastamiento de lo que él llamaba grupo de bandoleros. Su inmediato exterminio habría contribuido a presentarlo como a un genial Presidente estratega y le habría dejado el terreno libre para maniobrar a sus anchas en el plano de la política interna.

De manera contraria, el Alto Mando del Ejército y los técnicos yanquis (que son los que cuentan en definitiva) optaron por el plan del paciente y lento emboscamiento de los guerrilleros; parecía no interesarles el tiempo a emplearse en los trabajos preliminares a condición de que el asalto definitivo se viese coronado por el éxito.

El general Alfredo Ovando, a su retorno al país después de su viaje por Europa y Estados Unidos (y luego de haber recibido una información detallada acerca de la táctica antiguerrillera utilizada por el ejército peruano), criticó severamente la táctica que hasta entonces se había empleado. Esta actitud (en verdad, una amonestación pública al Presidente, sumamente extraña tratándose del Comandante en Jefe del Ejército, fue nada menos que una pública y directa estocada antibarrientista.

A la larga se impuso, como no podía ser de otra manera, el criterio de Ovando y de los norteamericanos.

Tales discrepancias sirvieron de punto de arranque de toda una serie de rumores subterráneos, pero se echó tierra a la acentuación de la pugna Barrientos-Ovando, a fin de encauzar todos los esfuerzos a la lucha anti-guerrillera. Fue necesario el viaje de un gobernante al exterior para que se supiese algo acerca de los entretelones de la política del momento.

El informativo confidencial "ABC" (La Paz, 27 de mayo de 1967) dice que el ministro de Educación de ese entonces, Ortiz Lema, dijo a la prensa ecuatoriana que en un principio hubo discrepancias, que deben atribuirse al general Ovando, Sobre la conducción de la lucha anti-guerrillera, pero que ese escollo ha quedado salvado y que dicho alto jefe asiste disciplinadamente a las reuniones de gabinete y acata sumiso la línea impuesta por el general Barrientos. Salta a la vista que el comentario fue hecho por un incondicional del Presidente de la República.

La subterránea lucha fraccional dentro del Ejército se tradujo en la competencia de irresponsables ofrecimientos de concluir pronto y a fecha fija con las guerrillas. A sesenta días de aparecidos los focos armados era evidente que se había acentuado el descrédito del Poder Ejecutivo y de las Fuerzas Armadas, no porque este lapso fuese demasiado largo para acabar con una forma de lucha que tiene la finalidad de persistir por mucho tiempo, sino porque los magros resultados conseguidos por el Comando del Ejército contrastaban visiblemente con los ofrecimientos hechos en sentido de que los brotes subversivos serían aplastados en pocos días. Los largos silencios del oficialismo acerca de las operaciones guerrilleras se convirtieron en terreno abonado para el florecimiento de toda especie de rumores y casi todos ellos adversos y despectivos con referencia a la capacidad estratégica de los generales.

Sobre todo en un comienzo, los guerrilleros supieron sacar toda la ventaja de las particularidades de la zona, del bosque tupido, de la vegetación punzante y de los cañadones cerrados. Al corresponsal R. Benellez le dijo un joven oficial que la técnica antiguerrillera aprendida en Panamá no servía para nada en el Sudeste boliviano, que la lucha ofrecía modalidades inesperadas y totalmente nuevas.

El Ejército tuvo que darse mucha prisa para entrenar a sus efectivos en la lucha antiguerrillera. Más pronto de lo que se esperaba se le agotaron sus recursos económicos, a pesar de la extraordinaria ayuda

24.- "Un militar boliviano preconiza una acción armada contra Cuba", "Jornada", La Paz, 18 de mayo de 1967.

norteamericana y de otros países vecinos. El Ministerio de Defensa oficialmente pidió un soporte para su exhausto presupuesto. La "ayuda" americana fue considerada insuficiente y se pidió secretamente cooperación a la Argentina y otros países. El "Times" de Nueva York informó que esa solicitud comprendía a soldados, armas y víveres. La prensa armó todo un escándalo cuando un convoy ferroviario argentino fuertemente custodiado ganó la frontera boliviana. El Ministerio de Defensa, en su afán de desmentir los rumores alarmantes que crecían a diario, dijo que ese tren trajo sólo alimentos.

Según el general Ovando "hasta el golpe de mano de Samaipata se considera como una fase crítica para las fuerzas armadas, la presencia de concriptos nuevos, el licenciamiento de gente antigua, indudablemente había mermado la capacidad combativa de las fuerzas armadas. Subsanada esta dificultad, ambientado el soldado en el terreno en el cual tenía que operar, empieza lo que podría llamarse la fase ofensiva de las luerzas armadas que trata de reducir el área de operaciones guerrilleras y liquidar a los grupos que en ella operan" <sup>25</sup>.

En la primera etapa, en la llamada crítica para el ejército, se operan cinco exitosas emboscadas en las que las fuerzas regulares sufren considerables bajas (Ñancahuazú, Cañadón, Ipiriti, El Mesón, Taperilla).

Los guerrilleros, parece que comandados por el Che, cuyo número fue calculado de 20 a 25 incursionaron sorpresivamente en Samaipata, pequeña población situada a poca distancia del camino asfaltado de Cochabamba a Santa Cruz. Se trató de un espectacular golpe de mano que sirvió a los rebeldes para aprovisionarse y también de gran propaganda sobre su lucha en el país <sup>26</sup>. ¿Esta propaganda de los altos precios de las mercancías y de la temeridad podía sustituir la carencia de la propaganda ideológica?

"Los rebeldes, antes de ingresara Samaipata bloquearon la carretera Cochabamba-Santa Cruz en la región de Las Cuevas, interceptando la línea telefónica y deteniendo a varios vehículos. Más tarde, apoderándose de un colectivo avanzaron hasta La Tranca, donde tomaron en calidad de rehenes a casi todas las autoridades y entraron en la población. En esta forma murió un soldado que pretendió utilizar sus armas contra un guerrillero".

Para el ejército el fin de las guerrillas coincide con la muerte (o mejor, asesinato) de Ernesto Guevara, como consecuencia de las graves heridas sufridas en el combate de La Higuera el 8 de octubre, aunque se puede decir, desde el punto de vista estrictamente bélico, que a partir de Samaipata los grupos armados estaban condenados a caer en las emboscadas que les habían sido preparadas por los jefes militares norteamericanos <sup>27</sup>.

La naturaleza de las heridas que presentaba el cadáver del Che Guevara ha llevado al convencimiento de que fue cobardemente fusilado por los gorilas cuando cayó herido. El acta de la autopsia que, posteriormente, se ha exhibido no corresponde a la verdad.

La noche del 19 de octubre el Presidente René Barrientos, en un mensaje difundido por radio y casi íntegramente dedicado a polemizar con las cenizas del Che, anunció el fin de las guerrillas: "esta batalla ha terminado y los aventureros han sido derrotados" <sup>28</sup>. El comando de las Fuerzas Armadas fue mucho más categórico, pues inmediatamente la Octava División comenzó a replegarse a su base tradicional. "Las Fuerzas Armadas han decidido replegar sus tropas hacia sus puntos de origen, pues consideran que la subversión comunista en los montes del Sudeste boliviano ha terminado. Los últimos seis guerrilleros -tres cubanos y tres bolivianos- no significan una amenaza a la seguridad nacional, puesto que se han convertido en prófugos de la justicia" <sup>29</sup>.

Uno se pregunta ¿por qué los Estados Unidos no concentran tanto poderío bélico y humanos en otros países donde también existen guerrillas más fuertes y más enraizadas que las que aparecieron esporádicamente en Bolivia, que se han convertido en una constante amenaza al equilibrio político y a la misma seguridad estatal? Esta aparente falta de lógica en la conducta del Pentágono está explicada porque en las quebradas del Río Grande encontró la oportunidad de liquidar físicamente al teórico y

25.- General Alfredo Ovando: "Una descripción documentada de la acción guerrillera roja", en "El Diario", La Paz, 23 de septiembre de 1967.

26.- "Presencia", 9 de julio de 1967.

27.- "Las Fuerzas Armadas cierran el caso Guevara", "El Diario", 17 de octubre de 1967, "Time", octubre 20.

28.- "Mensaje presidencial anunció fin de las guerrillas... 11, "Presencia", La Paz, 20 de octubre de 1967.

29.- "Las Fuerzas Armadas consideran terminada la lucha anti-guerrillera 'Presencia", 30 de octubre de 1967.

caudillo de una forma de lucha revolucionaria que, acertada o no, ocasionaba serios inconvenientes a los yanquis a todo lo largo del continente.

Seguimos creyendo que una de las mayores victorias del ejército boliviano (cuya incapacidad táctica es proverbial y está confirmada por tantas derrotas internacionales) y de los yanquis radicó en la captura del francés Debray. Los documentos publicados demuestran que casi inmediatamente después de su captura dio informaciones inapreciables sobre las posiciones y composición de las guerrillas y, esto es lo que reviste suma gravedad, sobre la presencia del mismo Che Guevara. Todo esto antes de la captura de los depósitos de Ñancahuazú. En la competencia de labores de espionaje, la debilidad de los cubanos por los diarios de guerra y la fotografía resultaron fatales, pues, entre otras cosas, han dado lugar a una descomunal represión en las ciudades contra supuestos o verdaderos enlaces.

Se creía -cierto que falsamente- que hasta el 3 de julio Debray se dio modos para no revelar la presencia del Che Guevara en Ñancahuazú. El abogado Wálter Flores dijo que después de haber leído las declaraciones prestadas por su defendido ante las autoridades militares estaba seguro de la ingerencia del revolucionario argentino-cubano en el movimiento guerrillero. Sin embargo, el mismo Debray aclaró por intermedio de los reporteros, que él no podía haber hecho esas declaraciones porque no había charlado con el Che ni sabía dónde podría encontrarse. Parece que no se ha tomado debida nota de esta última actitud y que viene a desbaratar la tesis de que las revelaciones del francés eran una trampa para dar importancia al movimiento guerrillero. Con toda seguridad que lo acordado era que la presencia del Che, al menos en ese momento, debía ser celosamente guardada en secreto.

La prensa diaria del 3 de julio publicó la testificación de Debray acerca de la presencia del Che en Bolivia y de las charlas y discusiones que tuvo con él <sup>30</sup>. Parece que el prisionero se dio cuenta de haber obrado mal, de manera infidente, pues sin que nadie le pregunte y como trayendo la cuestión de los cabellos dijo: "Tuve que reconocer haberlo visto (a Guevara), después de las pruebas que me dieron de que el ejército y la policía conocían su presencia en el país", añadiendo que los datos fueron proporcionados por dos guerrilleros desertores. Un militante de talento y medianamente experimentado sabe que los secretos de la organización no deben ser violados bajo pretexto alguno, que lo aconsejable es despistar a las autoridades y que éstas siempre utilizan el argumento de poseer todos los datos imaginables.

Las informaciones acerca de las andanzas del Che Guevara adquirieron valor para la campaña propagandística desencadenada por el oficialismo y todo su aparato publicitario contra la izquierda. Se libró contra los guerrilleros una verdadera batalla de papel impreso tras la consigna de tratarse de un puñado de mercenarios enviados por una potencia extranjera. El Alto Mando del Ejército utilizó las declaraciones desdichadas de Debray como prueba de la veracidad de sus denuncias. No podía haberse prestado un mayor servicio al gobierno, a su aparato de inteligencia, ni inferido un daño más grave a los luchadores de Ñancahuazú.

Hay algo mucho más grave y que no ha sido dicho con toda claridad. Desde el momento en que Regis Debray tomó para sí la tarea ingratisima de revelar el papel del Che en las guerrillas, el comando norteamericano -el verdadero cerebro de la represión- modificó su estrategia: tomó en sus manos la dirección de las operaciones, especializó a grupos de soldados bolivianos para una tarea específica y trasladó al escenario de las operaciones a oficiales norteamericanos capacitados e incluso tropas de asalto, todo esto a fin de dar caza a un hombre determinado, a Ernesto Che Guevara, bajo el pretexto de lucha antiguerrillera. Regis Debray ha informado que fue interrogado por la CIA <sup>31</sup>.

Los gimoteos de Debray en Camiri prueban, a su manera, que se sabe responsable de la muerte del Che. Periodistas de derecha han llegado también a la conclusión de que el francés incurrió en el delito de delación: "Como un mal cobarde dice también que se pasa el día pensando en el Che Guevara a quién usted vendió miserablemente... La vida de da oportunidad para ser consecuente, para salir por la verdad, para tener hombría, coraje, lealtad. Y usted lo primero que hace es vender y delatar al Che, valiente y consecuente, muere gracias a usted y usted, lejos de arrepentirse y aprender, "piensa todo el día en el Che" <sup>32</sup>.

Un guerrillero prisionero ha lanzado iguales sindicaciones, aunque su información debe ser tomada en

30.- "El Diario", La Paz, 3 de julio de 1967.

31.- "Presencia", La Paz, 2 de noviembre de 1967.

32.- Xavier, "Un delator acusa", "Presencia, La Paz, 30 de octubre de 1967.

cuenta con beneficio de inventario, pues es notorio que las autoridades tomaron a estos elementos para sus propios fines. El "Camba" (Orlando Jiménez Bazán) dijo al corresponsal de la agencia española EFE que "Debray demostró ser muy blando. El es culpable para que el ejército se enterase de la presencia del 'Che' Guevara en las guerrillas bolivianas. El es responsable para su muerte". Más adelante añadió que Guevara "había instruido no dar aviso de su presencia en Bolivia y en las guerrillas, sino cuando las condiciones de la lucha así lo aconsejasen" <sup>33</sup>.

¿Cuáles las razones de esta inconducta? Unos hablan de la falta de temple personal de Debray y otros sostienen que actuó así esperando ganar la indulgencia de las autoridades militares. Un periodista de Cochabamba, que inmediatamente fue expulsado de Camiri, preguntó al francés si era evidente que él trabajaba para el general Ovando.

La certeza de la presencia del Che Guevara en las guerrillas fue guardada en reserva por las autoridades militares durante mucho tiempo, esto seguramente porque así interesaba a los represores norteamericanos y también porque el gobierno utilizó este descubrimiento para intentar demostrar la vinculación de los focos armados del Sudeste con la creciente agitación social.

Algunos datos parecen indicar que La Habana partió de una errónea caracterización de la realidad política del país como resultado de los datos inexactos acerca de la evolución de las masas que le fueron enviados por sus agentes confidenciales.

Parece que se esperaba que la aparición del foco guerrillero en Ñancahuazú tendría como inmediata respuesta la rebelión de las masas, en cuyo caso se habría convertido en la única dirección revolucionaria. Las transmisiones de radio La Habana en quichua y castellano y dirigidas a Bolivia dan a entender esto. Se incitaba al pueblo a levantarse en armas contra el gobierno del general Barrientos tipificado como simple títere del imperialismo. Demás está decir que la radio apoyaba directamente a las guerrillas. Seguramente mucha gente escuchó esos programas, pero apenas si fueron consignados como curiosidad periodística.

Las guerrillas encontraron inmediata y fuerte repercusión en los medios estudiantiles e intelectuales, cuyos desórdenes alcanzaron su punto culminante a fines de mayo y comienzos de junio. Huelgas y manifestaciones se desarrollan paralelamente a las guerrillas, En Sucre fue apedreada la Prefectura y cayeron tres estudiantes heridos. El DIC usó gases lacrimógenos. En La Paz, el primero de junio se realizan manifestaciones relámpagos en todas las zonas, en las que intervienen inclusive muchachas. El 25 de junio asaltan el Ministerio de Educación y destruyen todo lo que encuentran a su paso.

Entre la pequeña-burguesía no dejó detener influencia la actitud asumida por los partidos comunistas del exterior y que reflejaban las decisiones de Moscú. Ya hemos indicado que el Partido Comunista argentino se pronunció por el legalismo y contra la lucha armada en Latinoamérica. Los partidos comunistas venezolano y colombiano pidieron, a mediados de julio, una reunión cumbre para rechazar los planes divisionistas del castrismo. Rechazando la tesis de que la guerrilla fuese el único método de lucha, no descartaron la posibilidad de llegar al poder por medios pacíficos y parlamentarios. El Partido Comunista chileno, que se solidarizó con la actitud anticastrista del stalinismo venezolano, expresó, en declaración pública, que no mantenía relaciones de ninguna naturaleza con las guerrillas bolivianas. Con anterioridad se había propalado la noticia de que dicho partido había enviado, por la ruta de Arica, armas y víveres con, destino a Ñancahuazú <sup>34</sup>.

El aparato montado por los soviéticos en Cuba torpedeó contra el Che Guevara y se tienen noticias de primera mano que las guerrillas agonizaron en un completo abandono.

En el marco estrictamente nacional, los pronunciamientos de algunos partidos políticos en favor de las guerrillas no fueron seguidos por el apoyo material que tanto se necesitaba y ni siquiera por la necesaria propaganda en su favor.

A mediados del mes de mayo, el sindicalista señor Juan Lechin, desde Santiago de Chile, expresó su simpatía por las guerrillas y dijo que en Bolivia no quedaba más camino que la lucha armada. Sin

---

33.- "El diario", La Paz, 1º de noviembre de 1967.

34.- "Presencia", La Paz, 11 de mayo de 1967.

embargo, puso mucho empeño en subrayar que las guerrillas no debían ser consideradas como un monopolio comunista y recordó el caso del sacerdote Camilo Tórres. Estas insinuaciones buscaban borrar toda sospecha acerca de sus posibles concomitancias con el extremismo. Se hospedó en casa de Federico Fortún y negó haberse reunido con jefes comunistas o recibido ayuda del Partido Comunista chileno. En el diario del Che se habla de que Lechin pidió ayuda económica al movimiento guerrillero. Acaso sus declaraciones lanzadas desde Chile tenían la finalidad de respaldar esa maniobra. Cuando fracasó el movimiento armado, la dirección del Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional en Bolivia publicó una declaración en la que se indicaba que nada tenía que ver con las guerrillas.

Con todo, el radicalismo oportunista de Lechin estaba desmentido por sus acuerdos con el Partido Demócrata Cristiano y por su decisión de concluir un frente político con los enemigos de las guerrillas y de la lucha armada.

Arguedas ha repetido (cierto que sus informaciones deben tomarse con reservas) que Lechin trabajaba tanto para la CIA como para los cubanos.

A medida que se aproximaba el fin de las guerrillas los medios oficiales acentuaron su propaganda en sentido de que se organizaron guardias civiles en las poblaciones próximas al teatro de las acciones y que patrullaban las poblaciones y sus alrededores para rechazar cualquier intento de aproximación de los guerrilleros. Se ha puesto especial cuidado en subrayar una supuesta cooperación campesina en la represión de las guerrillas. Es poco probable que estas informaciones interesadas correspondan exactamente a la verdadera magnitud de los acontecimientos. A pesar de todo, debe subrayarse que el gobierno se orientó a dar la impresión de que fue el pueblo mismo el que se levantó contra las guerrillas. Los rebeldes no hicieron absolutamente nada para poner al desnudo la maniobra y para arrastrar al pueblo detrás de ellos. Ni siquiera se desenmascaró toda vez que las autoridades usurpaban el nombre de organizaciones populares o inventaban otras.

El 26 de julio hubo en La Paz, auspiciada por el oficialismo, una manifestación antiguerrillera (que se repitió en cadena en todo el país). La Radio del Estado dio un dato a todas luces falso: sesenta mil manifestantes. Casi todo el contingente estuvo formado por empleados públicos que fueron obligados a salir a las calles. El matutino "Presencia" de La Paz y del mismo día insertó la siguiente nota: "El Ministro de Trabajo ha dispuesto que tanto oficinas públicas como organizaciones privadas, concedan tolerancia a sus empleados y obreros a partir de las quince y treinta horas, para darles la oportunidad de concurrir a esa manifestación de defensa de la democracia y de la soberanía nacional".

El Alcalde de la ciudad de La Paz, general Armando Escobar Uría, que a veces se dio modos para demostrar marcada prudencia en materia política, reunió a los mal llamados partidos democráticos (Liberal, PURS, Partido Social Demócrata, Partido de la Izquierda Revolucionaria, Movimiento Popular Cristiano, PRDN y Partido Revolucionario Auténtico) para instarles a sumarse a dicha manifestación. Se puede decir que desfilaron hasta las siglas partidistas.

Secundando los trajines oficialistas, la iglesia, representada por el Vicario Capítular Monseñor Genaro Prata, condenó, en circular especial, la acción guerrillera.

Minúsculas organizaciones casi inexistentes (INCODES, Unión Boliviana de Estudiantes Cristianos, Acción Integralista de San Andrés, Grupo de Gremiales, Junta Vecinal de El Alto, Comité de Ayuda de Damas Cristianas) se unieron en una llamada Confederación pro Defensa Nacional y cuya finalidad fue la de apuntalar al gobierno en la lucha anti-guerrillera <sup>35</sup>.

Todos estos pronunciamientos, todas estas maniobras y agrupaciones se encaminaban a obstaculizar que se manifestase el apoyo popular a las guerrillas, a evitar que el foco armado se extendiese, se transformase en guerrilla, hasta convertir a Bolivia en otro Viet Nam.

A las autoridades les tenía muy preocupadas la indiferencia popular ante sus aprestos bélicos contra el pequeño puñado de guerrilleros, sobre todo en los alrededores de la zona de operaciones. Lo que se transcribe corresponde a un despacho del enviado de la agencia AP <sup>36</sup>:

---

35.- "El Diario", 21 de julio de 1.967.

36.- "El Diario", 20 de julio de 1967.

“La población (de Lagunillas), un millar de almas, parece indiferente tanto a los rebeldes marxistas como a los soldados que vinieron ultimamente a Lagunillas. Indiferencia, si es que eso significa su silencio o las respuestas secas que dan. De aquí nadie se fue con los revoltosos, dicen. Ni de voluntario con el ejército”.

Las Fuerzas Armadas, actuando bajo dirección norteamericana, recurren a todos los medios para ganar la confianza de los campesinos y volcarlos contra los guerrilleros. “En el pequeño hospital militar se atiende gratis a la gente del pueblo. Es parte del programa de Acción Cívica para ganarse la simpatía de los pobladores. El ejército también construye escuelas, compone caminos, arregla jardines y regala libros. Los guerrilleros cuando caen sobre algún pueblo sin resguardo también procuran granjearse a la gente. Pagan el doble del precio ordinario por lo que compran. Regalan refrescos a los chicos, se portan bien”.

La prensa de derecha, particularmente “El Diario”, realizó una sistemática campaña tendiente a presionar a la opinión pública para que apoyase a la lucha anti-guerrillera. La definición en este sentido fue presentada como un deber ineludible de los ciudadanos patriotas. El llamado de los generales René Barrientos y Alfredo Ovando Candia para que todos los bolivianos, olvidando incluso su ideología, se alistaran detrás de las huestes comandadas por los norteamericanos encontró eco en los periódicos de gran tiraje, aunque no en las masas.

Reproducimos algunos párrafos de lo que “El Diario”, de 19 de julio, dijo en su primera página y a tres columnas:

“La ciudadanía, con muy pocas excepciones, no se ha percatado del peligro de esa agresión extranjera...”

“Hay gente que piensa que las guerrillas están lejos de los centros urbanos... Y hay partidos políticos, atentos a la conquista de sinecuras burocráticas, que tratan de explicar sus tortuosas trayectorias, con olvido de los problemas candentes de la hora...”

“Preguntamos si los soldados que se encuentran en la zona guerrillera, frente al peligro, no son bolivianos y no forman parte de la comunidad, para continuar viendo el problema creado por esa agresión internacional como si se tratase de un suceso ocurrido en cualquier parte del mundo menos en Bolivia.”

“Es una hora de definiciones claras, categóricas”.

La campaña anti-guerrillera fue cobrando lentamente un carácter esencialmente político más que castrense. Todos los elementos humanos y materiales dependientes del oficialismo fueron canalizados en ese sentido. La presión ejercitada sobre Falange Socialista Boliviana y el Partido Demócrata Cristiano para que se pronunciasen contra las guerrillas formó parte de esta operación de dimensiones colosales.

El Vicepresidente Siles Salinas, cuyo jesuitismo no es suficiente para encubrir el complejo presidencialista que atormenta a los Siles (el occiso solamente ha encontrado a una figura humana venida a menos para seguir gesticulando), planteó, en su mensaje de 19 de julio, la movilización general contra los rojos”. Algunos ingenuos, dando así satisfacción subjetiva a sus deseos de que alguien salga en defensa de los derechos del pueblo frente al totalitarismo brutal de Barrientos, pensaban que Adolfo Siles Salinas encarnaba los sentimientos cristianos y democráticos. La tesis desarrollada en el mensaje de referencia es simplista y cínica: presionar a todos, partidos y ciudadanos, a unirse alrededor del gobierno (lo que supone el cese de toda actitud opositora) para rechazar, se dice, la invasión extranjera. “Pero no, los castristas no pasarán. El peligro, la conciencia de la patria amenazada, el amor a la tierra, el sentimiento de solidaridad con nuestros soldados que mueren por defenderla, nos unirá y la unidad, una vez más nos salvará.”

“Está dicho: no intentamos radicalizar posiciones y dividir a Bolivia en corrientes irreconciliables. Buscamos, por el contrario, unirla en un solo bloque, en el que se incluyan todos los partidos y todos los ciudadanos y habitantes, con la única condición de que sean patriotas<sup>37</sup>.”

Simultáneamente, el Presidente Barrientos pidió a los opositores que le dejen gobernar cuatro años a

37.- “El Diario”, 20 de julio de 1967.

cambio de que él supere el atraso del país y lo encamine por la "ruta del desarrollo"<sup>38</sup>.

Otro recurso de las autoridades consistió en acentuar la nota toda vez que caía en su poder cualquier indicio de que los guerrilleros se habían apoderado de vehículos particulares o ingresaron a haciendas para proveerse de víveres. La finalidad no era otra que la de desprestigiar a los rebeldes y crearles un ambiente adverso en las poblaciones civiles, al presentarlos como vulgares asaltantes. Si se exceptúan las dos publicaciones de prensa citadas más arriba casi nada se ha hecho para poner en claro la verdadera conducta de los insurgentes y que era del todo indispensable para ganar la confianza del pueblo boliviano más que de las zonas próximas al teatro de operaciones.

Los amplios círculos de la opinión pública que viven apegados a las ideas del democratismo abstracto, entre los que deben incluirse a los influenciados por la iglesia y el mismo Partido Demócrata Cristiano, se creen obligados a rechazar la violencia venga de donde venga. Mucha gente que vería con agrado la caída del gorilismo, se niega a aceptar el camino de la lucha armada. Parte de la responsabilidad por la vigencia de esas ideas corresponde al stalinismo, tan dado a proclamarse "demócrata y defensor incondicional del legalismo". El razonamiento de estas gentes es elemental: existiendo recursos constitucionales que permiten a los opositores expresarse por los canales legales y pacíficos y cuando el sufragio universal deja abierta la posibilidad de que los malos gobernantes sean incruentamente reemplazados por otros mejores, resulta contraproducente recurrir a las armas que niegan la democracia y causan dolor en los hogares bolivianos.

La propaganda de la izquierda debe estar dirigida a poner al desnudo la inconsistencia de ese democratismo abstracto que ha llegado a convertirse en un verdadero prejuicio que obstaculiza la evolución política. Hemos indicado en otro lugar que en Bolivia no existen condiciones materiales, económicas, para un amplio desarrollo de la democracia burguesa y que la ficción creada en su lugar sirve para encubrir crueles dictaduras y hacer consentir a los tontos que viven en un verdadero paraíso.

Decimos que no queda más que la vía de la lucha armada para aplastar al gorilismo, no porque se nos ocurra simplemente ese extremo o tengamos sed de sangre, sino porque nos empujan a ella el imperialismo y su ejército.

Sería infantil seguir jugando al democratismo. La papeleta de voto, los tribunales de justicia y el arbitraje nos conducirían indefectiblemente a la derrota y al engaño. No tenemos más que las armas para acabar con el enemigo del país y de los trabajadores.

Una cosa es señalar la inevitabilidad de la insurrección armada y otra muy distinta fijar el momento oportuno en el que deben empuñarse las armas. Confundir ambos extremos u olvidar sus diferencias nos llevaría a convertir la acción revolucionaria en una vulgar aventura.

La violencia en manos del imperialismo, de la reacción y de los gorilas busca la restauración oligárquica, la entrega del país a los grandes consorcios yanquis, la destrucción física de las organizaciones obreras y revolucionarias y, en fin, la perpetuación de Bolivia y de su pueblo en la barbarie y la esclavitud. Por todo esto, oponemos la violencia revolucionaria a la violencia del gorilismo.

Las masas populares y la clase obrera utilizan la violencia para combatir a los enemigos del país, para aplastar al gorilismo, para liberar al país de la opresión imperialista, para emanciparla y para defender las conquistas de las masas y llevar adelante el proceso revolucionario. La violencia popular es un instrumento de la historia y por eso se justifica.

Las guerrillas cobraron importancia cuando el gobierno artificialmente las vinculó con la agitación social, con la finalidad de justificar sus medidas represivas. La campaña anti-guerrillera sirvió para todo, para que los oportunistas diesen un paso adelante o para consumir la maniobra artera. Cuando se perfiló el peligro de que Falange Socialista Boliviana se sumase al bloque conformado por el MNR y el PRIN, el oficialismo y sus secuaces lanzaron inmediatamente la especie de que se trataba de la materialización de una consigna acuñada en La Habana y destinada a apuntalar a las guerrillas. Citamos un ejemplo:

Un supuesto Partido Progresista Revolucionario escribió lo siguiente: "El anunciado pacto MNR-PRIN-FSB que obedece a consignas del plan táctico elaborado en Cuba para complementar la acción guerrillera,

38.- "El Diario" ya citado

constituye el testimonio de la conspiración organizada y dirigida, y en esencia significa un pacto contra la patria, un pacto contra la dignidad boliviana, un pacto contra la religión..."<sup>39</sup>.

Los que sostienen que en nuestra época y en particular en Latinoamérica no queda más método de lucha que la constitución de focos armados razonan de manera esquemática. Dicen que ya no podrá repetirse el caso de 1952, cuando masas casi desarmadas pulverizaron a un ejército que tenía una gran capacidad de fuego. En esa época a muchos observadores políticos les parecía sumamente improbable que esto pudiese ocurrir y no han sido dichas hasta el momento las razones valederas que permitan sostener que la hazaña no puede ser repetida. Es infantil pretender superar todos los problemas y dificultades con la afirmación de que las guerrillas garantizan de antemano la destrucción del ejército más poderoso. La experiencia enseña que esto es muy relativo y solamente puede ocurrir en circunstancias determinadas y gracias a la lucha política de las masas. Lo observado en el Perú, Bolivia y otros países latinoamericanos demuestra que las guerrillas, cuando se desarrollan en condiciones adversas, también pueden ser fácilmente destrozadas.

Ni duda cabe que un puñado de hombres armados no presenta muchos de los aspectos negativos que caracterizan a la clase obrera y, sobre todo, a las concentraciones mineras desde el punto de vista estrictamente defensivo; pero tiene otros, incluidos los que se refieren al aprovisionamiento de víveres y armamento. Resulta erróneo sostener el extremo de que el poderío bélico del ejército y la eficacia de las armas modernas se han convertido en un obstáculo insalvable para la clase obrera. A la larga las innovaciones tecnológicas en el campo de la guerra se convierten en patrimonio de todas las clases sociales. Tradicionalmente el ejército ha sido el arsenal de los explotados y seguirá siendo así en el futuro. Las guerrillas asimilan esta tradición.

No nos abandonamos a la espontaneidad de las masas y combatimos sistemáticamente a sus adoradores y a los que pretenden diluir la lucha revolucionaria (política, es decir, consciente) en el sindicalismo chirle. La acción debe estar dirigida por el partido político. Pero, no debe olvidarse que la actividad real parte de acciones espontáneas de la clase. Acertadamente Lenin dejó establecido que "el elemento espontáneo no es sino la forma embrionaria de la consciente". El caudillo bolchevique habló a partir de septiembre de 1917, de la segunda insurrección no en el sentido de un "levantamiento popular" espontáneo, sino como un arte que debe ser cuidadosamente preparado.

Es evidente que las formas tradicionales de lucha de las masas han concluido, casi siempre, en derrotas. La lucha revolucionaria es así, no se puede tener asegurada la victoria en la proporción del cien por ciento. Lo correcto es analizar críticamente los errores cometidos y que han llevado a la derrota, para actuar mejor en el futuro. Las guerrillas concluyen en fracasos, lo que no supone que deba abandonársela como método de lucha.

Se puede hablar del guerrillero como unidad, aislado de la clase y del país, y siempre será la expresión de su grupo, en este sentido se identifica con el militante político. No debe confundir al obrero aislado con la clase, éste presenta todos los aspectos negativos de los explotados. La clase, en los momentos de mayor tensión, adquiere una gran capacidad creadora.

Después del balance de la trágica experiencia de Ñancahuazú no tenemos nada que modificar en la tesis que expusimos en 1963 en nuestro folleto sobre las guerrillas.

Los hechos han demostrado que los focos guerrilleros no pueden sustituir al partido obrero y que su aparición como consecuencia exclusiva de la voluntad de los dirigentes políticos y al margen de la evolución de la conciencia de las masas puede concluir en una aventura; desgraciadamente la ejemplar heroicidad de los luchadores no es suficiente para transformar la aventura en conducta estrictamente revolucionaria.

#### **IV LOS GENERALES Y EL ASESINATO EN MASA**

**M**ueve a risa la insólita actitud de los generales, que no han tenido el menor reparo en presentar como toda una proeza estratégica la inhumana cacería de sesenta insurgentes por todo un ejército

39.- PPR, "Mensaje a la Nación", "El Diario", 15 de junio de 1967.

pertrechado y dirigido por los norteamericanos. Su "victoria" sobre los guerrilleros no contribuirá en lo más mínimo a borrar su vergonzosa historia. La verdad es que las guerrillas contribuyeron decididamente a su derrota con su errada concepción política.

El ejército, encarnación de la fuerza compulsiva del Estado, tiene en su haber una larga tradición de masacres de las masas campesinas, artesanales y proletarias. En el pasado, el derramamiento de la sangre del pueblo era un hecho hasta cierto punto casual, se enviaban soldados para ahogar el estallido de una rebelión, no formaba parte de un programa elaborado a priori. Durante la última época, cuando el gobierno es apenas un instrumento destinado a efectivizar los planes imperialistas y cuando las peticiones salariales amenazan con disminuir la cuota de ganancia de los inversionistas, la masacre se convierte en un método de gobierno, que sistemáticamente planeada e inspirada desde la gran metrópoli opresora, sirve invariablemente como válvula de seguridad para descargar las grandes tensiones sociales y tiene como objetivo inmediato lograr la disminución de los costos de producción, cercenando el salario real (capacidad de compra) El gorilismo ha enunciado este programa con un cinismo sin paralelo.

Una masacre ya decidida por el alto mando militar debe abrirse camino en la opinión pública <sup>40</sup> y para ello se despliega una profusa propaganda y son lanzadas las más temerarias acusaciones. Sigamos el camino que condujo a la asquerosa masacre de septiembre de 1965.

El 21 de septiembre Lechin Suárez, Presidente de la Corporación Minera de Bolivia, declaró a "El Diario" que "el problema planteado en las minas es cuestión política y no de sueldos". El Presidente Barrientos señaló, anticipadamente, la conducta que seguiría el gobierno militar: "El gobierno ha de emplear la defensa adecuada para defender nuestro país y si se sigue con esta chacota hemos de tomar medidas inmensamente más drásticas" <sup>41</sup>, y adoptó un tono mucho más categórico todavía: "Aplicaremos la violencia más brutal" <sup>42</sup>.

Ninguno de los autores y actores se avergüenza de la descomunal represión y ésta se realiza a la vista de todos y para que nadie ponga en duda su "legalidad" fue dictada la Ley de Seguridad del Estado <sup>43</sup>.

El imperialismo, que tiene a "su" ejército acantonado en territorio boliviano, entrena a una fracción armada especializada en masacres y que dice llamarse Rangers. La siguiente es la nómina de los instructores norteamericanos venidos al país: capitán Charles Anthony Stulga, subteniente Carlos N. Klaljedrey, sargentos Frank Norburg, Dean Eikstadt, Robert Tamsy y Harold Paul <sup>44</sup>.

## APÉNDICE

### GUERRILLAS Y MANIOBRA POLÍTICA

#### **PARTIDO AGRARIO LABORISTA DE IZQUIERDA CRISTIANA (PALIC).**

El 18 de julio de 1967 irrumpió en el escenario político una extraña criatura: el Partido Agrario Laborista de Izquierda Cristiana. El parto de los montes se produjo en circunstancias sumamente curiosas, por no decir risibles. Un "partido" que nace por decreto puede desaparecer a las veinticuatro horas sin dejar la menor huella y sin esperar siquiera certificado de defunción. (En efecto, es esto lo que ciertamente ha ocurrido, Editores, 1997).

Ciento sesenta representantes -a estar con informaciones de prensa- de una supuesta Confederación Nacional de Trabajadores Campesinos, de Federaciones y Sindicatos de todo jaez, elegidos conforme a prácticas policiales, y los llamados parlamentarios del agro, se reunieron con fines sindicales y resolvieron,

40.- Augusto Céspedes, "El Presidente Colgado", Buenos Aire, 1967.

41.- "Presencia", 8 de septiembre de 1965.

42.- "Presencia", 20 de septiembre de 1965.

43.- Decreto Supremo de 16 de septiembre de 1965.

44.- "El Diario", 29 de agosto de 1967.

inopinadamente y al constatar que habían madurado políticamente, organizarse en partido. "Ha llegado la hora de la liberación del caciquismo político al que ha estado sometido por mucho tiempo por los partidos políticos de diferente cuño, que solamente han utilizado al campesinado como a un instrumento para el logro de sus ambiciones personales, sin importarles nada de la suerte del resto de la nacionalidad..."

Las primeras informaciones hablaron de la adhesión de la Unión de Matarifes de La Paz y de 35.000 productores de chicha de Cochabamba, lo que demuestra que el presunto partido campesino no es más que una montonera heterogénea, organizada con fines inconfesables.

La tesis de liberación del caciquismo político no pasó de ser una frase más, pues el Partido Agrario Laborista de Izquierda Cristiana comenzó proclamando al general René Barrientos Ortuño (cacique en toda la acepción del término) como a su jefe máximo. Esto pone en evidencia que el "Partido Campesino" fue organizado desde el Palacio de Gobierno para servir de instrumento al gorilismo. En el primer momento estuvo destinado a neutralizar las ambiciones excesivas de los diversos partidos que formaban el Frente Revolucionario.

El que una reunión sindicalera de viejos burócratas decreta inesperadamente el nacimiento de un partido campesino denuncia que se trata de una maniobra del amo de las direcciones gremiales amañadas, es decir, del general Barrientos. Nadie pondrá en duda que así no puede organizarse ningún partido político verdadero, importando poco de qué clase social sea.

El PALIC apenas si nació como un apéndice del oficialismo y su destino quedó sellado desde el primer momento: jugar el papel de quinta columna del gorilismo en el seno de las organizaciones sindicales del agro y cumplir devotamente las órdenes salidas del seno del Poder Ejecutivo. Representaba a los campesinos en menor medida que los equipos burocratizados de las tan famosas federaciones que controlan el campo mediante el terror y la persecución policial.

La creación del Frente Revolucionario Barrientista, al igual que la resurrección del Partido de la Izquierda Revolucionaria, han tenido mucho de maniobra artificiosa para que el general René Barrientos pudiese contar con el suficiente apoyo de la ciudadanía.

El Frente Revolucionario Barrientista (Movimiento Popular Cristiano, Bloque de ex- combatientes, Partido Revolucionario Auténtico, Partido Social Demócrata y Partido de la Izquierda Revolucionaria nació en diciembre de 1965 con la finalidad de llevar adelante la candidatura presidencial del general Barrientos. Es difícil decir si el gorila o el frente civil salió victorioso de la farsa electoral, lo cierto es que el Frente Revolucionario Barrientista en ningún momento contó con un amplio respaldo popular. El 14 de julio de 1967 el Partido Social Demócrata rompió públicamente con el FRB, actitud que fue inmediatamente por el Partido Revolucionario Auténtico de Guevara.

Si el Frente Revolucionario Barrientista fue ideado como soporte electoral, el Partido Agrario Laborista de Izquierda Cristiana comenzó publicando comunicados furiosamente antiguerrilleros.

Lo que durante todo este período se designó con el nombre de movimiento campesino no pasó de ser una impostura, un fantasma manejado por el gorilismo para asustar a los incautos. En el agro, la vigorosa movilización y lucha de las multitudes han sido sustituidas por la pugna subalterna entre los caciques de turno y ansiosos de transformar en canonjías su presunta popularidad. A la lucha por los intereses de la clase ha sucedido el ininterrumpido choque entre los caudillos empeñados por controlar puestos claves en el aparato oficialista.

En el valle cochabambino de tarde en tarde, y de manera más espaciada en otras regiones, estallan revueltas armadas contra cierto cacique mandón, no para acabar con esta nueva versión del gamonalismo, sino buscando elevar hasta sitial privilegiado al mandón que logró armar a sus parciales. El proceso se repite periódicamente y contribuye a pensar que la negra noche que oscurece el campo no pasará. El grueso de la masa deja hacer simplemente y los procesos subterráneos y nucleares de descontento y resistencia al gobierno que se operan en su seno son sumamente lentos.

El Presidente René Barrientos, en su ya famosa conferencia de prensa quincenal de 29 de julio, demostró ser el cerebro organizador del PALIC. Se calificó a sí mismo como conductor de las masas campesinas durante los últimos años y le pareció natural que el nuevo partido lo hubiese designado como a su

jefe máximo, aunque reveló que tal cargo sería ocupado por un consejo, esto mientras sea Presidente de la República. Se trató, ni duda cabe, de una de las tantas maniobras que él califica como de gran política y que, en último término, no fue más que una operación palaciega destinada a ampliar el apoyo civilista al gobierno. En esos días el Comando de las Fuerzas Armadas y el Poder Ejecutivo se mostraron sumamente preocupados por el amenazador silencio del pueblo frente a los planes represivos. Por esto se apresuraron en sacar toda la ventaja política posible de la manifestación antiguerrillera, que tan cuidadosamente prepararon ellos mismos y que fue presentada como cien por cien espontánea. El nuevo partido jugó el papel de fuerza de relleno.

En la mencionada conferencia de prensa se habló por primera vez de la estructura orgánica del PALIC. Hasta entonces se creyó justificadamente que se trataba de un nuevo ensayo, entre los muchos ya realizados infructuosamente, de organizar un verdadero partido político del campesinado. El general Barrientos se encargó de esclarecer que no por casualidad se añadió al nombre de flamante partido la palabra "laborista": se lo hizo -dijo- para subrayar la urgencia de arrastrar a su seno a los obreros. Algo más sugerente, según el jefe máximo no debía pasarse por alto la declaración del PALIC en sentido de que estaba junto a la clase media, a la que reconocía su gran capacidad de dirección. Parece que los periodistas no aquilataron en su verdadero alcance la tesis de que la nueva organización era policlasista y buscaba afanosamente sellar la alianza entre los sectores mayoritarios de la población. Todo esto viene a demostrar que se buscó dar nacimiento a un partido que sustituya al Movimiento Nacionalista Revolucionario en la función de soporte del gobierno, reproduciendo muchas de las características formales de esta organización política. La masa campesina, imponente por su número, sería elevada a primer plano, convertida en contrapeso del revoltoso proletariado, y la dirección política quedaría en manos de la pequeña-burguesía. No en vano se ha recalcado que el PALIC fue la respuesta del general Presidente a la disolución del Frente Revolucionario Barrientista.

Establecido lo anterior ya no hay lugar para seguir sosteniendo que el PALIC sea un partido campesino, ni siquiera como intención. Pasará a la historia como una de las tantas organizaciones que incansablemente hace aparecer y desaparecer ese aprendiz de brujo que deambula por el Palacio Quemado.

Teóricamente no puede descartarse la posibilidad de que aparezca un fuerte partido campesino, que en su programa exprese los intereses de los oprimidos del agro. Acerca de la importancia de esta organización no puede haber la menor duda y, bajo determinadas circunstancias, puede convertirse en un factor favorable para la efectivización de la alianza obrero-campesina. Sin embargo, la verdad es que no hemos tenido un partido campesino y todo permite suponer que no aparecerá en el futuro próximo, esto si se exceptúan las caricaturas al estilo del PALIC. La ausencia física de un partido campesino ha contribuido a considerar como algo normal e inevitable la inclusión de las multitudes agrarias en los destacamentos de choque de las otras clases sociales.

Este problema no ha sido satisfactoriamente explicado hasta el momento, a no pocos presuntos marxistas se les antoja simplemente lógico lo que ocurre políticamente en el campo. Nos parece que la causa debe buscarse en el divorcio físico e ideológico que existe entre la pequeña-burguesía ciudadana, particularmente si tomamos en cuenta a su sector intelectual, y los campesinos, una gran parte de los cuales presentan características pequeñoburguesas. La ciudad no les envía ideología ni dirección política. Los intelectuales siguen considerando a los campesinos únicamente como motivo folklórico o, en el peor de los casos, como masa inerte que puede ser empujada a cualquier lado. De la entraña misma del agro solamente pueden surgir caudillos locales o algunos planteamientos exóticos, teñidos de indigenismo, racismo o de localismo. Actualmente los intelectuales no van al encuentro de los campesinos, sino de los obreros, que, pese a su escaso número, son considerados como el pueblo mismo. Este proceso es el resultado de la convicción de que el proletariado, y no las multitudes del campo, es el que actúa como eje de la revolución. Nadie concede capacidad de dirección política al campesinado, que, en los hechos, encuentra a su caudillo en la ciudad, sea éste revolucionario o no.

Si la clase obrera recibe su ideología desde fuera del grueso de la masa, este principio tiene mayor vigencia tratándose del campesinado. Es desde la ciudad que puede observarse y analizarse el panorama integral del agro, descubrir los intereses generales de la nación-clase y el camino de su liberación, además que desde allí se le puede imponer unidad organizativa e ideológica. El propio indigenismo, con todas sus facetas negativas, ha sido una creación de los intelectuales urbanos. Si el movimiento político del campesinado continúa dentro de los moldes tradicionales no hará más que acentuar las debilidades congénitas de la nación-clase.

Las corrientes marxistas pueden ostentar una rica experiencia agrarista. En su desesperación por arrastrar a los campesinos a la vorágine revolucionaria gastaron mucha energía, aunque inútilmente, para poner en pie partidos obrero-campesinos (se sostenía que en los países atrasados se imponía por lo menos el biclasismo) e inclusive puramente agrarios.

Los ensayos traducían a su modo la consigna de la alianza obrero campesina, táctica revolucionaria ni duda cabe (y también, a veces, la certidumbre de que los campesinos eran los aliados naturales de la clase obrera), y también la confusión del explotado del campo con el proletario.

Hasta el momento es el Partido de los Indios del Kollasuyo el intento más valioso -aunque existe el peligro de que se torne efímero- en este terreno, pero se trata de un movimiento localista. Su limitación arranca de su enfermizo odio racista a los blancos. La vida y la lucha diarias le están enseñando que nada conseguirá si se aísla tanto del proletariado como de sus organizaciones.

Lo que el Presidente general René Barrientos Ortuño busca con el Partido Agrario Laborista de Izquierda Cristiana es un objetivo mezquino en sus limitaciones y proyección: tener una enorme caja de resonancia para lo que diga y haga ahora y siempre, además de otros menesteres igualmente subalternos y que ya han sido enumerados más arriba.

No podemos estar seguros de que el actual Presidente de la República intuya que la inevitable emancipación de los campesinos del control burocrático de las direcciones sindicales será un golpe fatal para el gorilismo. Si tuviera conciencia de este peligro, resultaría evidente que con el Partido Agrario Laborista de Izquierda Cristiana y otras organizaciones similares busca prolongar indefinidamente el pongueaje político de los que han logrado usurpar la dirección de las masas. Ningún otro sentido puede tener esa mascarada que ha dado en llamarse pacto militar-campesino.

## **NOTAS SOBRE "¿REVOLUCIÓN EN LA REVOLUCIÓN?"**

### **DE REGIS DEBRAY**

#### **I ACTITUD DE LOS CRÍTICOS STALINISTAS**

**R**egís Debray parece haber sido elegido como víctima del odio stalinista a la política belicosa del castrismo. Por razones explicables todavía los ataques no se realizan de manera frontal contra el régimen cubano, siguen más bien la vía indirecta de la crítica dirigida a ciertos elementos de segunda fila.

Últimamente en México y la Argentina han aparecido escritos anti-debrayistas, cargados fuertemente de gruesos adjetivos y que en verdad están dirigidos contra la política cubana. Dichos documentos tienen un denominador común: repudian la lucha armada y la tesis de que esta vía es la única que puede conducir al socialismo, pues están empeñados en demostrar que aún quedan expeditos los caminos del legalismo.

Deseamos dejar claramente establecido que no compartimos la mencionada crítica y en lo que se refiere a la defensa de la vía insurreccional estamos más cerca de Debray que del stalinismo tradicional.

Rodolfo Chioldi <sup>45</sup> tiene la ocurrencia de presentar a Debray esgrimiendo argumentos de Trotsky contra los clásicos razonamientos de Lenin:

"El caso de las alusiones a los trotskystas no es menos significativo; criticando posiciones de algunos trotskystas latinoamericanos, exalta sin embargo la personalidad y el papel de Trotsky, como ocurre

45.- Rodolfo Chioldi, "No puede haber una "revolución en la revolución", Buenos Aires, 1967.

al inventar un poder militar en manos de Trotsky al lado de un poder político en manos de Lenin, y al protestar contra 'el ukase y el tabú que ocultan todavía para algunos la personalidad y las obras de Trotsky'. Por encima de las riñas más o menos de familia con trotskystas de América Latina, está la identidad de puntos de vista del autor con la posición de Trotsky en cuanto a no admitir la dirección y el control del partido en las fuerzas armadas, posición trotskysta expresamente condenada por el VIII congreso del Partido Bolchevique".

El párrafo transcrito es falso de la primera a la última palabra. Es inexacto que Trotsky hubiese propuesto en lugar alguno de sus escritos o en cualquier momento de su actuación la total independencia de las fuerzas armadas o de la línea de conducta del Ejército Rojo con referencia al partido político del proletariado; contrariamente, sostuvo con énfasis que este último debía asumir el control de la política y de la actividad militares. Es absolutamente falso que el VIII Congreso del Partido Bolchevique hubiese desautorizado la posición adoptada por León Trotsky en este terreno. Tenemos en las manos la biografía que sobre el organizador del Ejército Rojo ha escrito Isaac Deutscher <sup>46</sup> y en ella se deja claramente establecido que la tesis sobre cuestiones militares aprobada por el mencionado VIII Congreso fue obra de León Trotsky:

"Trotsky justificó esto (la organización inmediata del Ejército Rojo como fuerza armada permanente, dejando el sistema de milicias para el porvenir) como una necesidad provisional e insistió en que el Partido y el gobierno debían proponerse el sistema de milicias como un objetivo último. Defendió esta posición en las 'Tesis' que sometió al Octavo Congreso del Partido en marzo de 1919 y que Sokólnikov defendió en ausencia de Trotsky ante el Congreso. Estas contemplaban el día en que los hombres recibirían su adiestramiento militar, no en los cuarteles, sino en condiciones muy semejantes a las de la vida cotidiana de los obreros y campesinos. La transición no podía iniciarse en serio antes de que se lograra el resurgimiento de la industria; pero aún ahora, insistió Trotsky, un cuartel debía asemejarse a una escuela militar y no a un simple campo de ejercicios castrenses. En el Ejército Rojo los mandos eran nombrados, no elegidos; pero Trotsky contempló un retorno al principio electivo en el futuro. El Octavo Congreso aprobó las 'Tesis' de Trotsky el Noveno las confirmó".

Como se demuestra más adelante, Debray utiliza todo, hasta la falsedad, para atacar al trotskismo y habría deseado que desapareciese como tendencia del movimiento obrero boliviano. Cabe preguntarse: ¿después de la abierta traición del stalinismo a las guerrillas de Ñancahuazú ha cambiado de opinión el autor de "¿Revolución en la Revolución?" Algunos indicios permiten esperar que sí.

Permite justificarse la crítica stalinista cuando se refiere al menosprecio de Debray al rol del partido, de la clase obrera como dirección política y de las condiciones que tipifican una situación revolucionaria:

"En '¿Revolución en la Revolución?' se asume una posición antileninista al minimizar en general la teoría, al menospreciar la concepción de los marx-leninistas sobre la revolución, al negar el papel del partido como vanguardia revolucionaria del proletariado y como dirigente de la revolución, situando en su lugar al estudiantado y al campesinado...

"El autor proclama la caducidad del marxismo-leninismo en materia tan esencial como las condiciones que definen una situación revolucionaria, que hace posible la insurrección. Y no podía ser diversamente, pues en la raíz del guerrillerismo a ultranza, del guerrillerismo no importa cuándo, ni dónde, ni cómo, del guerrillerismo en todo lugar y en todo tiempo, hállase el desprecio por aquellas condiciones".

La actitud de Chioldi es lógica si se tiene en cuenta que los comunistas argentinos en su último congreso reiteraron su fe en la vía pacífica para lograr la transformación revolucionaria de su país:

"El XII congreso del PC de la Argentina (1963), después de mencionar la necesidad de constituir un amplio Frente democrático nacional, antioligárquico y antiimperialista, dice que 'a través de la acción de las masas, por una u otra vía, la pacífica o la no pacífica si los círculos dirigentes actuales del país cierran todas las posibilidades democráticas, puede llegar a conquistar el poder y crear un gobierno verdaderamente democrático y popular. Es propósito de nuestro Partido conquistar el poder por la vía pacífica, pero subrayando que la vía pacífica no significa que hay que esperar pasivamente que el podrido régimen actual desaparezca por consunción para pasar, recién entonces, a la conquista del poder. De ninguna manera. La vía pacífica presupone la organización constante de la lucha de masas para detener

46.- Isaac Deutscher, "Trotsky".

los avances de la reacción y del fascismo y para conseguir sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas inmediatas...”

## II OBJETO DE ESTE TRABAJO

Hace tiempo que estas “Notas” fueron escritas y originalmente estuvieron destinadas -esto por las circunstancias políticas imperantes en el país- únicamente a la discusión interna en las filas trotskistas.

La tarea de ayer y de hoy no es otra que sacar del movimiento guerrillero toda la ventaja posible para la marcha de la revolución. Este objetivo pudo haberse materializado en los meses precedentes ligando y coordinando la movilización de las masas con la actividad del foco guerrillero, es decir, fortaleciéndolo (convirtiendo a Bolivia en un verdadero VietNam). En el presente cobra trascendencia la asimilación crítica de dicha experiencia.

Las notas que van a leerse se refieren únicamente al aspecto político de las guerrillas y pasan por alto las cuestiones puramente tácticas (organización material, saber si deben o no establecerse zonas territoriales libres, etc).

Si comparamos el folleto “¿Revolución en la Revolución?” con el escrito que sobre el mismo tema publicó el Che Guevara nos convencemos fácilmente de la flojedad teórica del primero y de sus deficiencias en la interpretación de los acontecimientos. Seguramente debido a la mala traducción muchos párrafos resultan incomprensibles, ciertamente que esto es secundario.

La confusión de los principios y cuestiones teóricas fundamentales con aspectos secundarios o tácticos puede deberse al empeño que pone el autor en justificar un esquema elaborado a priori: la validez internacional de las conclusiones que dice haber sacado de la experiencia cubana.

¿Qué pensar de un intelectual bien formado que deliberadamente deforma los hechos y arbitrariamente confunde los despropósitos del poco confiable Posadas con las posiciones del trotskismo? En el mejor de los casos debe tratarse del empeño de probar la veracidad, por todos los medios, de una determinada tesis.

## III ¿LA GUERRILLA ES EL PARTIDO DE HOY?

El Che Guevara sostuvo que las guerrillas podían por sí solas generar y hacer madurar tanto las condiciones objetivas como subjetivas de la revolución social y se detuvo ahí. En otro trabajo hemos analizado y criticado tal tesis revisionista. Dicho pensamiento -acaso el más importante de toda esta discusión- viene a ser concretizado por Debray: “El partido de vanguardia puede existir bajo la forma del foco guerrillero. La guerrilla es el partido en gestación” (pag. 90).

Esta tesis debe ser considerada como la viga maestra de toda la argumentación de Debray y esto porque se refiere a la cuestión crucial del movimiento revolucionario y revisa todas las conclusiones del marxismo sobre esta cuestión. Cuando las inexactitudes se refieren a aspectos secundarios pueden pasarse por alto, pero estamos obligados a discutir cuidadosamente lo referente al partido político de la clase obrera, esto porque seguimos considerándolo la clave del porvenir de la clase obrera y de la humanidad.

En la historia del marxismo no es la primera vez que se intenta sustituir al partido político por otras organizaciones obreras o tradicionalmente propias de las masas. Se obró así para superar, unas veces, las tremendas dificultades que supone la estructuración de la vanguardia revolucionaria (una de ellas es, precisamente, su degeneración) y, también, para repudiar la burocratización de las direcciones partidarias, el democratismo y el colaboracionismo clasista. Ni duda cabe que nos encontramos frente a la honestidad proletaria que se rebela contra la manifiesta traición de los burócratas a los intereses de la revolución y de la clase obrera. Reacción saludable contra la degeneración de las vanguardias que fueron

en su momento revolucionarias. Sin embargo, esta honestidad no es suficiente para justificar todas las desviaciones y mucho más si éstas pueden resultar catastróficas para la lucha diaria. Es loable el esfuerzo que hacemos todos para acabar con la opresión imperialista, con la explotación del capitalismo y por dotarnos de poderosos instrumentos revolucionarios. A pesar de todo, la impaciencia es mala consejera que puede conducirnos a errores y a adoptar posiciones aventureras.

Los marxistas rusos, entre ellos Trotsky, consideraron saludable la tesis sindicalista revolucionaria aparecida en Francia como repudio a la degeneración del reformismo socialdemócrata; pero no por eso se sumaron a la especie de que el sindicato es suficiente para asegurar la victoria de la revolución y que el partido estaba por demás frente a una organización gremial capaz de timonear a las masas. Los sindicalistas (a diferencia del anarquismo) se declararon partidarios de la dictadura proletaria, pero consideraban que ésta sería realizada por los sindicatos. En Bolivia, la desesperación revolucionaria también desembocó en la tesis de ser suficiente la dirección política de los sindicatos radicales para materializar todos los objetivos clasistas y nacionales, esta desviación fue el resultado de la incipiente política de los mismos partidos.

Nadie ignora que los anarquistas repudian al partido, a la lucha política y al mismo gobierno obrero, todo bajo el signo de un radicalismo sin atenuantes.

En determinado momento de la historia, cuando la lucha gremialista cobra notoriedad y logra significativas victorias (el capitalismo hace concesiones salariales y de otro tipo para evitar la destrucción física de la fuerza de trabajo y para garantizar la estabilidad del régimen imperante) y particularmente cuando los partidos existentes se degeneran y devienen en colaboracionistas, el sindicato aparece como la única organización viva y capaz de llevar a las masas a la lucha y a la victoria. Bajo ciertas circunstancias las entidades gremiales cumplen algunas tareas partidistas y políticas e inclusive los elementos revolucionarios se sienten inclinados a considerar al sindicato como a la única vanguardia de la clase (consecuencia de la vulnerabilidad frente a la presión de la opinión pública y del ingenuo oportunismo que prefiere sumarse a todo éxito momentáneo del gremialismo). Sin embargo, el propio desarrollo de los acontecimientos se encarga de poner en evidencia las limitaciones congénitas del sindicalismo y la necesidad histórica inaplazable de la estructuración del partido político. En su tiempo fue presentada la tesis sindicalista como la contribución teórica más importante (se pretendió ocultar su mecanicismo con el argumento de que partía de la vívida experiencia diaria), como una valiosa rectificación de los esquemas anquilosados del marxismo. Con el correr del tiempo tales disputas han sido arrinconadas en el desván de antigüedades; nadie toma en serio el terrorismo verbal de los sindicalistas.

¿Por qué elementos honestos y bien intencionados se empeñan en encontrar sustitutos al partido obrero? En el mejor de los casos obran así impulsados por la impaciencia revolucionaria, sobre todo cuando constatan los enormes obstáculos que es preciso vencer para culminar la obra de formación del partido. Nada más cómodo que este último sea reemplazado por una organización ya existente, entroncada en las masas, o que pueda ser fácilmente estructurada como resultado de la actividad exclusiva de algunos intelectuales o conspiradores.

Los que con tanta facilidad encuentran a diario sustitutos al partido demuestran que no han comprendido cuál es su verdadera naturaleza. No es suficiente definirlo como la vanguardia revolucionaria del proletariado o como una de sus organizaciones propias, es preciso indicar por qué resulta insustituible, tratándose de la actividad política y de la lucha por el poder.

Carlos Marx dice en el "Manifiesto Comunista" que la clase debidamente organizada, es decir, consciente o convertida en "clase para sí" es aquella que se ha organizado como partido político. De un modo sintético se puede decir que el partido revolucionario es sinónimo de conciencia de clase. El desarrollo posterior del marxismo se ha limitado a puntualizar las características de tal organización, pero en ningún momento ha revisado esa tesis consideraba básica.

Lo anterior quiere decir que el partido es el resultado y la expresión de la conciencia clasista (significa la toma de conocimiento de las tareas históricas de la clase y del camino que puede conducir a su realización), por esto mismo su campo propio de acción es la política.

Lenin en su "¿Qué hacer?" indica que es la espontaneidad la que se transforma en lucha consciente o política. Es el desarrollo de las fuerzas productivas el que determina que este proceso pueda o no darse en la realidad y en qué forma. La incorporación de los países atrasados a la economía mundial (que tiene

vigencia y leyes propias por encima de las economías nacionales) y la misma existencia del capitalismo (supranacional por su esencia), nos obligan a considerar a las fuerzas productivas como factores internacionales, maduran en extremo para permitir la revolución social dirigida por la clase obrera en todas las latitudes del mundo. Si Bolivia fuese un país típicamente feudal (caracterización desde luego falsa y tan cara al stalinismo) es claro que sería prematuro plantear la urgencia de estructurar el partido obrero y no pasaría de ser un anacronismo si ya hubiese sido convertida en sociedad sin clases. Como quiera que se trata de un país capitalista atrasado y es la clase obrera el eje fundamental de la economía y la política revolucionaria, la discusión acerca del partido obrero y la necesidad de su construcción inmediata son cuestiones de primerísima importancia, que no pueden ser postergadas para mañana, a riesgo de ocasionar el más serio daño al país; pues su destino está supeditado a la construcción de dicho partido. En todos los países en que impera la explotación capitalista y la opresión del imperialismo tiene vigencia la regla de que la lucha revolucionaria y emancipadora únicamente puede ser timoneada con eficacia por el partido político del proletariado; lo que sí puede variar es la forma que adquiera esta organización. La particular naturaleza del proletariado, consecuencia del régimen capitalista, y de los caminos que debe seguir para sustituir al capitalismo por el socialismo determinan que la formación del partido revolucionario se presente como una necesidad histórica.

Se quiere dar a entender que el anterior planteamiento importa el apego a un esquema económico-social caduco, porque Bizque ha surgido una nueva situación. Es esto lo que debemos aclarar.

Una situación nueva que tenga relación con el problema del partido sólo puede referirse a alguna importante transformación de los trabajadores en el plano de su conciencia clasista o a su efectiva desaparición como resultado del advenimiento del comunismo. El proletariado por sus propias características (y en esto se diferencia de las otras clases sociales que a su turno conocieron la opresión) solamente puede expresar su conciencia a través de su propio partido político. La burguesía que retuvo en sus manos las fuentes de la cultura y de la economía aun antes de ser dueña del poder, sacó de su seno una serie de organizaciones que limitadamente jugaron el papel del partido político. La situación del proletariado es otra. No es casual que la ideología revolucionaria sea elaborada fuera de la clase obrera y llevada al seno de ésta desde el exterior.

El partido se estructura cuando los elementos más valiosos de la clase asimilan y se identifican con el programa revolucionario, que es la más alta expresión de la conciencia clasista. La función particular que cumple el Partido se debe a que, sacando a primer plano las leyes del desarrollo de la sociedad, logra descubrir y enunciar cuáles son las tareas históricas del proletariado y no simplemente las inmediatas (como hacen las organizaciones gremiales e inclusive los partidos de corte derechista). Por eso se dice que el programa es el partido; al margen de éste no puede haber vanguardia revolucionaria. Cada país tiene sus particularidades y la teoría de la revolución debe, precisamente, partir de su debido conocimiento. Si el programa es el partido es claro que éste solamente puede organizarse a través de una apasionada discusión teórica, de sucesivas escisiones y fusiones. No hay ningún otro camino que conduzca a dar forma a la más elevada expresión de la conciencia clasista, que esto es, en resumen, la vanguardia revolucionaria.

Una nueva situación en este plano solamente puede significar que la liberación de la clase obrera (por tanto, del país) puede materializarse aunque esta última no adquiera conciencia (factor subjetivo de la revolución) o que este proceso pueda lograrse al margen de la teoría. Si esto fuese verdad el marxismo no tendría ya razón de ser, puesto que no es más que la expresión consciente del inconsciente proceso histórico.

Surge una otra pregunta: ¿qué organización, sea propia o no de la clase obrera, es capaz de expresar y contribuir a la elevación de la conciencia clasista? Cuestión que también puede plantearse así: ¿qué organización fuera del partido puede cumplir la función de adecuado y eficaz instrumento del proletariado en el campo político?

Cuando se dice que la lucha de los trabajadores se convierte de espontánea o economicista (en resumen, sindicalista) en política, se está indicando que la múltiple gama de formas de movilización de masas controlada por el partido es consciente, aunque pudo haberse iniciado en el plano de la espontaneidad. Todo intento de sustituir al partido con otra organización importa el menosprecio a la actividad consciente de la clase y endiosa la espontaneidad. No debe olvidarse que sólo el partido político, por su naturaleza y estructura nace y se desarrolla en el plano consciente. Tal es el problema fundamental y constituye un

error suplantarlos con la discusión acerca de las formas de lucha que deben ser desechadas (lo que, por otra parte, depende del momento político que se viva).

Las anteriores observaciones pueden ser íntegramente aplicadas al esfuerzo que hacen muchos por reemplazar al partido de la clase obrera con el foco guerrillero. Es preciso señalar que no menospreciamos la lucha armada y menos las guerrillas, nos limitados a colocar estos métodos de lucha en su verdadero lugar. Es un grueso error considerar a las bandas armadas, organizadas para cumplir tareas bélicas, como partido político, o al menos como gérmenes de él.

En las páginas 103 y siguientes del folleto de Regis Debray se plantea equivocadamente la cuestión porque se identifica al partido obrero con el stalinismo, echando por la borda la discusión que sobre el tema se desarrolló internacionalmente. Su crítica de los partidos comunistas no pasa de ser una acertada descripción de sus características formales y es exacta su observación de que las fracciones pekinesas no han podido rectificar la degeneración burocrática del stalinismo. Los partidos, comunistas tradicionales son malos no únicamente por el apoltronamiento de tal o cual burócrata, sino porque el centralismo burocrático que los caracteriza es resultado de la línea contrarrevolucionaria impuesta por Moscú. Los partidos pro-chinos han concluido reeditando todos los defectos del stalinismo. No es suficiente la enumeración de los rasgos que denuncia esa degeneración, hace falta establecer con precisión si ella ha llegado a un grado tal que convierta a dichos partidos en contra-revolucionarios. Este análisis ya fue hecho por León Trotsky y sus conclusiones conservar su vigencia. Si el partido comunista se ha convertido en reaccionario no queda más camino que organizar otro que encarne el programa de la clase obrera, en caso contrario debe permanecer en su seno para lograr que rectifique su conducta. Lenin al constatar la quiebra definitiva de la Segunda Internacional exclamó: "¡Viva la Tercera Internacional!", para dar a entender que la tradicional organización obrera había dejado de representar los intereses históricos del proletariado y que el deber de los revolucionarios consistía en luchar sin tregua hasta poner en pie una nueva vanguardia. A ningún marxista se le ocurrió exclamar que habiendo fracasado un determinado partido se imponía el deber de repudiar a la organización política de los obreros en general. Debray cree que este camino es malo porque conduce a la reiteración de los errores y a una enorme pérdida de tiempo, prefiere dedicar sus energías a crear un foco guerrillero, pequeño, timoneado por una sola persona y que ofrezca la garantía de no degenerarse.

Resumiendo: constituye un grueso error el pretender desahuciar al partido obrero partiendo de la premisa de que los partidos "comunistas" stalinistas son malos y están burocratizados. Esto es verdad, pero la respuesta marxista consiste en organizar una vanguardia revolucionaria auténtica, aun sabiendo que persiste el peligro de su burocratización. Los que buscan reemplazarla por el foco armado deberán demostrar previamente que éste puede cumplir a cabalidad las funciones partidistas, no solamente como dirección de la lucha diaria, sino como encarnación de las tareas históricas del proletariado y como motor que impulse la elevación de la conciencia de clasista.

Del contexto del folleto que comentamos se desprende un indisimulado desprecio del partido político que, sin embargo, está en contradicción con la evidencia de que la dirección política de La Habana, encargada de organizar la lucha armada en escala internacional, según confesión de Fidel Castro, juega el papel de partido político de influencia continental. No nos parece mal que exista esa dirección, que se explica por la ausencia de una verdadera vanguardia revolucionaria en el escenario controlado por el castrismo; pero Cuba no cumple satisfactoriamente ese papel.

La conclusión más peligrosa de Regis Debray radica en la especie de que "lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no de focos políticos", esto porque pretende marginar de la preocupación del momento los problemas de estructuración y fortalecimiento del partido y de movilización de masas. La experiencia del presente enseña que la lucha armada sin dirección política constituye un peligro para el porvenir de la revolución.

Se atribuye al Che la frase de que "una vez organizada la guerrilla todo lo demás se resuelve" y que, en su extrema franqueza resume toda la argumentación de Debray. Esta tesis solamente puede explicarse como resultado de la desesperación (peligrosa aunque sea el fruto de la honestidad). Una banda de guerrilleros puede organizarse como en un laboratorio (dentro o fuera del país), al margen de los grandes conflictos que estremecen al país, siendo una tarea relativamente sencilla. Si fuera verdad que el foco guerrillero resolviera todos los problemas y dificultades, la consumación y victoria de la revolución no sería más que un juego de niños. Lamentablemente las cosas se desarrollan de otra manera. Aun en

el caso de que la guerrilla sea organizada por el partido obrero solamente podrá resolver, por sí sola, los problemas de la lucha armada apoyándose en la espontaneidad de las masas. Como quiera que su finalidad no es otra que organizarse y prepararse para la actividad bélica, el campo propiamente político queda al margen de su influencia y de sus decisiones. No tiene posibilidad ni recursos para expresar programáticamente la conciencia clasista y menos para encauzar la lucha hacia el cumplimiento de las tareas históricas. La concepción de la guerrilla como sinónimo de partido conduce invariablemente a arrinconar a las masas a la condición de observadoras pasivas y acaso sorprendidas de las proezas de los valientes guerrilleros. En la lucha política hay una simbiosis entre masas y dirección.

En el Viet Nam y la China las guerrillas nacen y mueren bajo el control del Partido, son su brazo armado. En Cuba los focos armados entraron en pugna con el que entonces pasaba como partido obrero, el stalinismo, por esto marcharon hacia la estructuración de un movimiento que adquirió características partidistas, aunque no de organización obrera. Para la no aplicación de la experiencia del Oriente no se dan razones teóricas o políticas y sólo aspectos secundarios (poca densidad demográfica o alta capacidad de fuego de los dependientes del Pentágono).

#### **IV EL FOCO ARMADO, ¿METODO PREEMINENTE?**

**E**n las pags. 21 y siguientes de su folleto Debray analiza la "autodefensa armada y que no es otra cosa que el armamento de la clase obrera alrededor de los sindicatos y para apuntalar la acción directa (incluyendo a las milicias obrero-campesinas)". A la "autodefensa armada" (arbitrariamente se la supone antecedente de inevitable derrota) se opone la defensa de los trabajadores desde el exterior por obra y gracia de los focos guerrilleros. Es mejor que la clase obrera no haga nada para evitar el riesgo de que puede ser masacrada, abandonándose al puñado de valientes que mora en las montañas y que asegura su liberación. Estas especulaciones son el resultado de un esquema subjetivo y si hubiese algo de verdad en ellas la lucha de clases y la actividad revolucionaria serían de una simpleza increíble. Es evidente que la "autodefensa armada" (la acción directa no siempre supone la existencia de grupos armados) ha conducido a numerosas derrotas, mas esta evidencia no es suficiente razón para abandonarla como método de lucha de los trabajadores, pues, mutatis mutandis, podría aducirse en su favor múltiples victorias, inclusive la total destrucción del ejército rosquero boliviano, cosa que no ha logrado hasta ahora el foco guerrillero.

De manera por demás arbitraria se sostiene que esta forma de lucha constituye la negación misma de la lucha de clases, el producto de la espontaneidad y el camino obligado hacia el compromiso con el enemigo. Algunos de estos resultados o todos ellos pueden tornarse palpables en determinadas condiciones, pero también la supuesta "autodefensa armada" puede ser el punto inicial y el marco en el que se desarrolle la lucha política verazmente revolucionaria; algo más, no existe en principio ningún antagonismo insalvable entre la autodefensa y el método guerrillero, pueden y deben cooperarse y coordinar sus movimientos.

La actividad sindical revolucionaria se traduce en la tan mentada autodefensa y por esto es nuestro deber prestarle la atención suficiente. En el futuro este método de lucha seguirá manteniendo su vigencia. Ni duda cabe que la autodefensa, como cualquier otra forma de lucha, lleva aparejada el peligro de la derrota episódica, cosa que también ocurre tratándose de las guerrillas (ejemplo, Ñancahuazú). Hasta ahora no se han encontrado recursos infalibles que nos lleven a la victoria. Contrariamente, la experiencia enseña que la derrota episódica es nada menos que el camino por el que tiene que recorrer la clase obrera, es la escuela en la que se aprende a descubrir el derrotero de la victoria. Las guerrillas conocen reveses (casi siempre en mayor grado que los otros métodos de lucha), pero no por esto se debe concluir que los revolucionarios deben abandonar el uso de la guerra irregular.

No pasa de ser un esquematismo perjudicial el que un determinado teórico nos salga con el "descubrimiento" de que él, actuando como portavoz de una revolución victoriosa, es capaz de imponer a las masas una determinada forma de lucha y que ésta lleva el marbete de la infalibilidad. Los métodos de lucha de la clase obrera son múltiples y tienen como punto de partida la movilización masiva o, al menos, se refieren a ella. Su vigencia, su preeminencia (y en mayor medida su reinado exclusivo), no pueden ser señaladas a priori, serán el resultado de la evolución política del país. Ni siquiera los peligros que corre un gobierno obrero son suficiente razón para que, desde el exterior, se obligue a las masas a adoptar determinados métodos de lucha (esto supone la derrota); lo único que puede pedirse es la defensa de la revolución que

corre el riesgo de perderse. Se supone que la clase obrera cumplirá su deber utilizando los métodos para los que está suficientemente madura o los que se acomodan a las circunstancias imperantes.

Factores políticos concretos pueden determinar que la guerrilla cobre preeminencia y entonces será preciso que los esfuerzos y recursos de las masas se le subordinen. Esta realidad excepcional no supone que los otros métodos de lucha desaparezcan o deban ser repudiados definitivamente, sino simplemente que pasan a un segundo plano. Pero, la guerrilla puede, en cierto momento, ser solamente un auxiliar de otras formas de lucha e incluso llegar a convertirse en inoportuna. No existe razón valedera para concluir que los países latinoamericanos y durante todo el período que vivimos, están predestinados a ser libertados por foquistas y que las masas no pueden recurrir, a riesgo de cooperar con la contrarrevolución, a ningún otro método de lucha. El fatalismo de Debray conduce a despreciar todo lo que actualmente están haciendo las masas y abre las puertas a la aventura.

El proceso político boliviano parece llevarnos a la insurrección armada. Sería erróneo no impulsar este proceso y, actuando con un estrecho criterio sectario y ultimata, desechar todo lo que no sea foco armado. Apreciamos en alto grado el esfuerzo que se hace por mantener un foco, pues puede ayudar al estallido de la insurrección. Con todo, la tarea más importante radica en entroncar las guerrillas en el movimiento de masas, es decir, en el pueblo. Los focos guerrilleros deben ser arrancados de su aislamiento y Bolivia convertirse en un verdadero Viet Nam, vale decir, en un país en el que el pueblo se levante en armas contra la ocupación imperialista.

Sería tonto renunciar a la lucha sindical (utilizando el argumento de que algunas direcciones gremiales cooperan con el gobierno, por ejemplo), a la existencia de milicias y al armamento de los trabajadores. No puede descartarse la posibilidad de que las guerrillas pudiesen ponerse en pie partiendo, precisamente, de estas premisas.

Constituye una falsedad histórica sostener que las milicias obreras que aparecieron después de abril de 1952 fueron el punto culminante de la influencia anarco-sindicalista en el sector minero. Se puede asegurar que esa influencia, a diferencia de lo ocurrido en otros países, nunca existió entre nosotros y apenas si tocó de pasada al gremialismo artesanal.

Las milicias armadas fueron la expresión de hechos históricos concretos y sustituirlas en ese entonces por los focos guerrilleros habría sido sencillamente un absurdo. Los trabajadores apoyaban entusiastamente al régimen pequeñoburgués salido de las jornadas de Abril y después de destruir al ejército oligárquico creyeron que lo único atinado radicaba en formar piquetes obreros y campesinos armados para defender a la revolución tanto de sus enemigos de dentro como de fuera del país. Solamente más tarde se produce la diferenciación política entre el régimen movimientista y los trabajadores y, por tanto, sus milicias. Estas organizaciones armadas concluyeron degenerándose como consecuencia de la presión del Movimiento Nacionalista Revolucionario, lo que permite desahuciarlas de plano como una forma de instrumento de lucha.

Debray está equivocado cuando sostiene que el trotskismo decretó la huelga de mayo de 1965, que, en verdad, fue el resultado de una estudiada provocación gubernamental y de la ineptitud de la dirección prinista. Al lanzar semejantes despropósitos se identifica con el stalinismo pro-ruso. Lo que ocurrió fue que los poristas tuvieron el suficiente valor de permanecer junto a los mineros mientras se batían en una huelga que ofrecía muy pocas perspectivas de victoria, en tanto que los stalinistas idearon el destierro voluntario para salvar sus pellejos sucios.

La lucha revolucionaria en todas sus manifestaciones ofrece innumerables peligros para la integridad física de los militantes, que pueden concluir en la cárcel o el cementerio. Estos riesgos son parte inherente de la lucha de clases. Las periódicas sangrías del movimiento obrero tienen diversas consecuencias conforme al grado alcanzado por la movilización de las masas. En los momentos iniciales del proceso de ascenso revolucionario de los explotados y oprimidos pueden hacer retroceder al movimiento e inclusive inaugurar un período contrarrevolucionario.

Pero, cuando la ola revolucionaria está encrespada las medidas represivas y antipopulares llevan la posibilidad de obligar a las capas atrasadas de las masas a incorporarse a la lucha o -dicho de otra manera- radicalizan mucho más a los trabajadores en combate.

La tesis de la preeminencia del método foquista o de la inconveniencia de dar nacimiento a nuevos frentes políticos de lucha no es más que consecuencia de la afirmación de que foco armado es el partido político mismo o que lo sustituye ventajosamente. Ya hemos indicado que este planteamiento concluye potenciando a la contrarrevolución.

## V OTRAS CUESTIONES

**F**inalmente, debe tomarse en cuenta que en el folleto de Regís Debray abundan las afirmaciones lanzadas alegremente y no se percibe el menor esfuerzo por documentarlas.

En la página veintiséis se lee que si bien las masas subvertidas destrozaron al ejército oligárquico boliviano, esta situación no volverá a repetirse. El único argumento que se ofrece en respaldo de semejante tesis dice que actualmente las fuerzas armadas han sido muy bien entrenadas y armadas por Estados Unidos. Para invalidar dicho planteamiento sería suficiente indicar que también las organizaciones obreras se encuentran más maduras. Puede establecerse una regla aplicable en todas las latitudes: la capacidad de las masas puede, en condiciones favorables, pulverizar al mejor de los ejércitos y reducir a nada el potencial mortífero de la bomba atómica. Parece que se olvida que las fuerzas armadas son vulnerables por el hecho de estar formadas por soldados que son parte de las clases explotadas de la sociedad. Hoy como ayer sigue en pie la obligación de ganar ideológica y políticamente al ejército, a través de sus capas más amplias y no privilegiadas.

La teoría de la preeminencia del método foquista y de la identidad del partido con el foco armado importa el empeño de convertir a la revolución cubana en el modelo que debe ser obligadamente imitado en todo el continente, por lo menos. Por esta razón Fidel Castro estaría llamado a actuar como el caudillo indiscutido de la revolución latinoamericana; ¿por qué no mundial?

Después de 1917 tuvimos un caso parecido cuando se hicieron esfuerzos desesperados por copiar internacionalmente y al pie de la letra la estructuración de los soviets -aunque esta experiencia ya se había vivido como órganos de poder en los diversos países-, que a muchos se les antojó el único canal por el que podía pasar la revolución. La historia enseña que una verdadera revolución se produce en circunstancias particulares y los detalles de ésta no pueden ser exportados o copiados servilmente.

Debray truena contra los sindicatos campesinos porque no son organizaciones proletarias. El caso es que existieron con una envidiable vitalidad. Nacieron como instrumentos de lucha de los explotados del agro y poco importa que su denominación violente una tradición terminológica. Esta crítica suena mal en quien no tuvo el menor reparo en revisar las premisas fundamentales del socialismo científico.

Riberalta, julio de 1967.

## POSDATA

**E**l hombre de la calle puede pensar que los norteamericanos vinieron a Bolivia sólo temporalmente y que luego de derrotar a las guerrillas se fueron a otras latitudes. Este es un simple espejismo, que parte de un malentendido. Para Estados Unidos Bolivia es un territorio ocupado por parte de su aparato estatal y se dan la tarea no solamente de administrar nuestros intereses y los suyos, sino que adoptan una serie de medidas que buscan preservar la tranquilidad social y política de ahora y del futuro; actúan, en cierta medida, de manera mucho más previsora que los mismos gobernantes bolivianos.

Los generales de las fuerzas armadas pregonan a los cuatro vientos que las guerrillas del Sudeste se acabaron con el asesinato cobarde de Ernesto Che Guevara y que una nueva situación de lucha armada no volverá a repetirse en el futuro. El Pentágono -esta vez representado por el mayor Shelton- opina de un otro modo: "Aunque el Che Guevara está muerto, yo soy pesimista y no creo que la guerra en estas latitudes haya concluido todavía por mucho que se aguace la imaginación"<sup>47</sup>.

47.- Cable remitido desde Santa Cruz por la agencia Reuter y firmado por Christopher Roper, "El Diario", La Paz, 28 de noviembre de 1967.

Como quiera que es el Pentágono y no el general Alfredo Ovando Candia el que decide la política del ejército, el grupo de técnicos norteamericanos continúa entrenando a regimientos de soldados en la lucha antiguerrillera, que ahora se encuentra encubierta tras la designación de "Defensa Interna y Desarrollo".

Lo anterior viene a demostrar que los norteamericanos temen una nueva insurgencia armada y que, con la debida anticipación, están adoptando una serie de medidas preventivas. La sistemática represión de los cuadros de la izquierda forma parte de este plan, no en vano agentes de la CIA dirigen los servicios de inteligencia del país. "Es también evidente que el servicio de inteligencia militar de Bolivia ha sido vigorosamente reforzado por los operativos de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA). Un individuo rubio, calvo, de baja estatura, apellidado Ramos, hablando un inglés de inconfundible acento norteamericano, al parecer más fluido que su dominio del español, dirigió la inspección del cadáver de Guevara cuando fue llevado a Vallegrande el 9 de octubre".

El mayor Ralph Shelton, familiarmente conocido como Pappy, es oriundo de Nashville, Tennessee, y dirigió entrenamientos anti-guerrilleros en la República Dominicana y en Laos. Es difícil precisar el número de uniformados norteamericanos que controlan la vida nacional y a éstos, que seguramente son cientos, hay que añadir a los civiles espías, confidentes y otras alimañas que se disfrazan de cuerpos de paz y cosas por el estilo.